

«Querido Jorge:»

Alejandro Gómez Peña SDB

Carta 3 – Tu hogar, una verdadera escuela

«Los difuntos y los santos, son como la meta de una montaña que nos proponemos conquistar. Primero la estudiamos. Luego determinamos el camino y el itinerario»

Querido Jorge:

¡Noviembre! ¡Difuntos y todos los santos! La vida que termina en esta tierra para despertar en la eternidad. La calidad de la vida que puede crecer más y más, hasta empaparse y asemejarse a Dios. La muerte es una etapa que todos cruzaremos. La santidad es beber del agua viva que es Cristo, y desde Él hacer de nuestra existencia una experiencia concreta de amor que nos haga fuertes y audaces, y nos infunda valor y osadía. Si logras dar este sentido y vivir así el recuerdo de los difuntos y de los santos, harás de tu hogar una verdadera escuela, ya que crearás en él un ambiente privilegiado para el crecimiento de tus hijos. Así los podrás impulsar a metas humanas altas y dignificantes, porque harás de tu familia la plataforma de lanzamiento hacia una experiencia profunda de fe. Los difuntos y los santos, son como la meta de una montaña que nos proponemos conquistar.

Primero la estudiamos. Luego determinamos el camino y el itinerario. Con gran espíritu preparamos nuestras vituallas y nos lanzamos a conquistar la cima. Sólo vemos hacia adelante, damos al paso un ritmo sereno y constante. No miramos hacia abajo ni nos detenemos. ¡Siempre adelante! Los resbalones y los peñascos nos pueden ocultar la meta. Pero con la mirada siempre en alto subimos, nos alentamos mutuamente, ayudamos a quien resbale o se desanime... ¡Y llegamos a la cumbre! ¡Desde ahí contemplamos el paisaje y nos embelesamos con mirarlo! Desde ahí el cansancio y los raspones y las ampollas ya no cuentan, ¡sólo cuenta la alegría de haber conquistado la meta que nos propusimos! La santidad es la meta más elevada a la que podemos aspirar. Para todos es posible. Basta querer. Y no es una cosa del otro mundo. Simplemente es ser más humanos, plena-mente humanos. Usar nuestra voluntad, anclada en el deseo de ser verdadero reflejo de Dios, a cuya imagen y semejanza hemos sido hechos; por eso luchamos y trabajamos, por ser más y mejores cada día, a través de nuestras pequeñas y grandes responsabilidades. Amar con todo nuestro ser es servir, perdonar, respetar, hacer sentir felices a las personas que amamos. Es experimentar en plenitud los dones con que Dios ha enriquecido nuestra persona: las relaciones en las que compartimos lo que somos y tenemos hasta crear lazos de amistad que llenen nuestra existencia, especialmente la amistad con Dios que nos ama con un amor indecible, pues ha volcado en nosotros todo su amor y poder para hacernos a su imagen y semejanza. Querido Jorge, desde esta perspectiva, ¡cuántas cosas tienes para enseñar a tus

hijos! Lo primero es ponerles metas elevadas, sobre todo la más elevada de todas: ser santo siendo plenamente humano. No te canses en proponer, orientar, corregir, encausar... No te desanimes cuando se avanza muy poco, y menos cuando los resbalones dan la impresión de que todo se acabó. Con paciencia y cariño ayuda a tu hijo a levantarse, recordar la meta y retomar el ritmo de la marcha diaria. Pero no te olvides: tú debes de ser el primero en tener una meta y conquistarla día tras día. Tu ascensión será el impulso más valedero para que tus hijos sigan tus pasos en la conquista de la vida.

Alejandro

Continuará en la Carta 4